

No Ficción

Vicente Verdú

No Ficción



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección:

Julio Vivas

Ilustración de Soledad y Vicente Verdú

Primera edición: marzo 2008

© Vicente Verdú, 2008

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2008

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7170-8

Depósito Legal: B. 4391-2008

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2241, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

29. LA PELUQUERÍA

A mediados de junio, tan pronto regresé de Sarajevo, fui a cortarme el pelo a la peluquería de Jesús con el interés, más allá del corte, de ver a Dolo, una de sus nuevas empleadas. Dolo, Ángeles y Maite, que apenas tenían veinte años, se habían incorporado en Navidad. De las tres, Dolo me parecía la más atractiva y fogueada. Mostraba el tatuaje de una mariposa multicolor en su hombro derecho, lo que hacía pensar, para aquel año 1999, en varias o en alguna propensión contraventora.

Unas veces llevaba Dolo el pelo rubio y rizado, en otras ocasiones colorado y corto y, en esta última oportunidad, negro azabache con media melena. En la peluquería la vestían con un pantalón gris oscuro fruncido en la cintura con una cuerda y una camiseta gris perla, sin mangas, ribeteada de granate, tan ceñida que se percibían netamente las costuras del sujetador, el intenso sendero de los tirantes y el crítico relieve del cierre. Esta estampa se repetía sobre las otras dos muchachas y era inevitable establecer comparaciones sobre uno y otro sostén, sus tonos y circuitos, sus remates, sus ajustes, su presión.

El de Dolo era de costuras múltiples, no sé si persi-

guiendo un determinado efecto o por una deficiencia del fabricante. El pantalón tampoco le sentaba bien y le dolaba unos cuatro o cinco centímetros sobre las sandalias sin talón con una ancha tira de una piel acharolada. Llevaba las uñas de los pies pintadas también de negro, lo que me pareció una opción consecuente con su estilo renegado. La holgura del pantalón provocaba, a su vez, que le colgara algo por debajo de la cintura y tuvo que detenerse un momento, en una labor de secado, para afianzarse los cordones y dejar negligentemente a la vista dos dedos de una braga de algodón blanco y calado. Me gustaban las sandalias y ahora también las bragas, pero era imprevisible, naturalmente, la colección completa de su ropero tratándose además de una chica introducida en ambientes mixtificados.

En realidad, no podía hacerme cargo del grupo a que pertenecía ni estaba en condiciones de especular más allá de la pura distracción que obtenía durante el tiempo de espera. ¿Copiaba ella miméticamente de una actriz, de una cantante, de otra amiga? ¿Era ella líder de la barriada? Podía suponer que lo fuera puesto que su planta podría muy bien trasponerse a las viñetas de un cómic de acción, pero tampoco debía descartar que fuera menos de lo que aparentaba en aquella modesta sala.

Yo aguardaba sentado en un diván corrido junto al tabique y frente a la franja que componen los sillones y los espejos. Tenía ante mí una mesita baja y alargada donde se sumaban varias decenas de revistas del corazón que de vez en cuando utilizaba para camuflarme y eludir así mi imagen en las lunas, lo que resultaba desalentador. Captado por la batería de aquellos espejos, me veía reproducido ante media docena de señoras, y aunque afortunadamente no les llamara en absoluto la atención aparecía yo ante mí con

mi desvaído e incurable aspecto. Ni estaba completamente calvo ni había conservado el pelo por completo, tampoco me asediaban cruelmente las arrugas para despertar la máxima piedad, pero pertenecía al grupo superior de la población adulta. No era notorio ni por la edad, la estatura o incluso el color de las ropas, ni porque hubiera escogido un vestuario astroso o distinguido. Por todos los datos representaba al tipo de individuo difícil de caracterizar y proclive a pasar desapercibido. De otra parte, no significaba nada allí, en aquella peluquería de señoras donde de vez en cuando acude un vecino cualquiera al que atienden intercalado en la lista habitual de la parroquia. De todo ello se deducía mi irrelevancia y la impagable ventaja de no ser más que un sujeto más.

¿Qué pensaría Dolo de mi aspecto en su ir y venir? Ciertamente nada. Actuaba en esto o aquello con la inexpresividad de una muñeca mecánica que cumple su rutina laboral. Dirigía de vez en cuando una palabra a la clienta o respondía con diligencia a una indicación de Jesús, pero, en general, su actitud traslucía una ausencia mental reglamentaria. Empujaba el carrito de los tintes, empuñaba y aplicaba el secador, retorció con el cepillo los cabellos y, en la totalidad de los ejercicios, se le señalaban con nitidez los tendones y los músculos tostados en la playa, mientras las manos, el antebrazo, la torsión del hombro indicaban un animal en plena idoneidad. Una pujanza que hacía presagiar un temple indómito, expuesto en sus ojos profundos haciendo juego con la morbosidad de la boca, los glúteos y los senos. Toda ella denotaba resolución, pero también que no había acertado todavía con su elección amorosa y de ahí el humo plomizo que desprendía.

En ningún otro establecimiento del ramo fantaseaba tanto con las peluqueras, pero tampoco en otras sufría tan-

to como allí la fachada de espejos que certificaban mi deterioro. Inmediatamente después de esta comprobación me abatía, y al instante me proponía liberarme por completo de los deseos sexuales sobre las empleadas.

Dolo y todas las demás afecciones sexuales debían hacerse indolentes e indoloras cuando veía mi rostro plasmado en los espejos. De hecho, en la peluquería de Jesús asumía fácilmente que cualquier propósito de conquistar a una chica superaba con holgura toda mi disponibilidad y aptitud. La pasión parecía así tan fácil de controlar que sólo sucumbiría en el improbable caso de un acoso exterior e intenso. Pero de este modo fue como, momentos después, cuando Ángeles me lavaba la cabeza, supuse que estaba ocurriendo.

Con la primera tanda del champú y el agua, la primera «champunada», fue masajeándome regularmente la cabeza, primero delante, después en los parietales, al fin en los occipitales, y de nuevo en la frente, en especial donde los bebés tienen la fontanela.

Ángela también me gustaba y agradecí su primera y dulce acometida. No era una chica inflamante como Dolo, pero muy grata, limpia y alegre. Me había ordenado ir hacia el lavado como si me rescatara de entre aquellas señoras que hacían cola y presumí que no le interesaban. Yo, en cambio, parecía elegido como una divertida excepción.

A diferencia de Dolo, que llevaba el ribete de la camiseta de color granate, Ángela lo llevaba de color azulón. Ese azul le convenía más a su temperamento porque mientras Dolo traslucía un aura pecaminosa, Ángela, como su nombre, parecía más seráfica y celestial. Fui tras ella, me acomodó la cabeza en el borde de la pila y una vez que me había ajustado el babero se puso a preguntarme cómo notaba el agua. La notaba bien. Me mojó la cabeza, me esponjó el

pelo y dijo: «Tienes el pelo seco, Vicente.» Nunca me había llamado Vicente y me avergoncé de estar allí entre sus manos ofreciéndole precisamente el pelo seco, yo mismo había notado esa aspereza en el roce con la yema de sus dedos.

Echó el agua tibia, escogió un champú del que pregonó una propiedad que no entendí y empezó, tras las primeras friegas, un lento manoseo que di por rutinario. Esperé que enjuagara y volviera a echar champú pero, extrañamente, no lo hizo sino que reanudó la serie del primer masaje mucho más despacio, como si, efectivamente, se complaciera en una sensualidad fuera de programa. Avergonzado, corregí esta suposición, pero, terminada la serie con la que yo daba por concluida la maniobra, volvió a un tercer masaje de la misma voluptuosa manera y más prolongado aún. Me puse por tanto en guardia para interpretar el significado que estuviera queriendo trasmitirme con sus manos. No decía una sola palabra, ni yo tampoco. Lavó el pelo, lo enjuagó un poco, puso champú y de inmediato comenzó de nuevo la premiosa operación del masaje. Tan ostentosamente en mi sentir que me preparé para dejarme hacer, un tanto abobado ya con el placer que recibía. Notaba con exactitud el calibre de sus dedos inmiscuyéndose en las zonas blandas de mi cabeza, rebuscando entre mis puntos de sensibilidad con inusual e intencionada destreza. Me recordó súbitamente a Luisa en el apartamento de la calle Once de Nueva York, aquella tarde en que desplegó una espesa e inesperada lección de amante tailandesa.

¿Qué más daba que estuviera actuando sobre mi cabeza? La sensación era del mismo orden que si jugara con mi sexo y, cuando lo comprendí, me dejé sucumbir. En parte lo hice porque lo pedían mis sentidos pero también porque

resultaba una inconveniencia no darle a entender a Ángela que estaba siendo consciente de lo que hacía. Pero ¿sería consciente ella? Era imposible imaginar que no lo fuera. Hacía varios minutos que yo había cerrado los ojos, incapaz de compatibilizar el deleite con la visión del techo despintado, y hasta me veía obligado, de vez en cuando, a tragar saliva de una forma tan ostentosa que el movimiento se marcaba en la musculatura de mi cuello. No había respuesta más elocuente a su manipulación y daba por seguro, a esas alturas, que ella se recreaba en su dominio sobre mí, sin prisas, sin alteraciones, satisfaciéndose de mi dejación. La maniobra había empezado pidiéndome que la siguiera hasta las pilas de lavado y ahora me tenía allí paralizado como una presa hasta culminar en adelante lo que meticulosamente se propusiera. Y, efectivamente, sin mediar transición dijo: «Ya está listo, Jesús.» Lo que significaba que daba por terminada la sesión. «Ya está, Vicente—dijo—, ahora te coge Jesús.» Me dejó y yo me creí en la irremediable obligación de comentarle algo sobre todo aquello, pero ¿cómo hacer? ¿Decirle «muchas gracias»? Podía callarme, claro está, pero era descortés o pacato no hacerle saber que había sido consciente de todo. ¿Pero cómo decirlo? Así que dije: muchas gracias por el masaje. Y ni se inmutó, no se inmutó lo más mínimo. Ni se inmutó ni dejó traslucir el más leve indicio de complicidad. Ni siquiera un angélico mohín. Nada. Sólo después, cuando Jesús acabó de cortarme el pelo y le dije adiós, esbozó una sonrisa pícara en la que también se incluía una línea diabólica, casi de mala chica, de la misma pandilla que Dolo.

Por la noche cuando volvíamos del cine pasamos por una travesía de la calle de El Salvador en Elche y, entre

otros jóvenes sentados en un grupo de mesitas al aire libre, descubrí el rostro de Maite, la tercera del trío que llevaba el pelo de color fuego. Vestía una camiseta oscura y una rebequita de algodón. Estaba muy mona y todavía me parecía más jovencita y divertida que en la peluquería. Tras ella me llegó el recuerdo de Ángela y después el de Dolo, cada una de ellas en otros puntos de la noche con sus tropeles de amigos.

La película que habíamos visto, *Eyes Wide Shut*, presentaba a Nicole Kidman eróticamente afectada por el cortejo de un señor de una edad como la mía, ese húngaro. Era cine. Pero, además, ¿cómo comparar la planta y compostura de tal caballero imposible con la clase de tipo anónimo en que me había convertido?